



¡Las glorias nacionales le parecen manchas!

1ª SEMANA



¡Buen principio de Guaresmal!



Madame Soli et son apache

La Truhanova es una rusa de cuerpo escultural, facciones duras, pelo rojo y mirada felina que ha hecho furor en Madrid con sus danzas.

Algunos de sus bailes son verdaderos dramas mimicos, en otros deja entrever esbozos de tragedias eróticas que hielan la sangre a los que no comprendemos, ¡y que por muchos años lo digamos! el secreto refinamiento de la caricia que lastima, ni el encanto de las voluptuosidades dolorosas.

En su repertorio de danzas una hay que me interesa de veras; la he visto cinco ó seis veces. Más que el mérito de la artista, más que el argumento de la pantomima, que la *deshabille* de la Truhanova y que sus piruetas, con ser todo ello muy aceptable, lo que me agrada más de *L'Epouvante* es el tipo del mimo que acompaña a la bailarina. No vayan á interpretar ustedes de mala manera esta ingenua confesión mía. Me agrada, mejor dicho, me choca el tipo del mimo por su gran parecido con don Antonio Maura. El danzante que trabaja con la Truhano a se parece al otro en los gestos, en la noble expresión, en muchos detalles; imaginaos á don Antonio Maura afeitado, con el rostro cubierto de albayalde y vestido de *apache* y tendréis el retrato exacto del artista que secunda á la bailarina rusa en *L'Epouvante*.

Además, tiene este bailable una gran fuerza simbólica. Con un poco de buena voluntad, sin esforzar apenas la fantasía, se alcanza la ilusión perfecta de que estamos presenciando una farsa política de actualidad, que á muchos nos lleva de cabeza. Hay una escena de seducción llena de vida que una noche arrancó de los labios de un espectador del paraíso una frase afortunada:

—Mira tú á Maura cómo está camelando á la Soli...

Voy á explicaros el argumento de *L'Epouvante*.

A los dominios sagrados y misteriosos de su alcoba pura y blanca llega una damisela, despide á su camarera, se alligera algo de ropa, se tumba en un sofá y sacando del pecho un papel, que debe ser caudal abundante de bellas ilusiones, una carta de amor, una especie de programa del Tivoli, lee, medita, sonríe y, en dulce éxtasis, sueña despierta.

No ha reparado la damisela soñadora y confiada que á pocos pasos de distancia, oculto bajo el lecho virginal, cuyas sábanas blancas, tentadoramente entreabiertas, han de albergar bien pronto el tesoro de gracias del lindo cuerpo de la doncella, acechándola con sus ojos malignos, espiondo el momento oportuno para caer sobre su presa, está el *apache*...

La joven abandona el sofá, se coloca ante el espejo, ensaya los poderosos recursos de su coquetería subyugadora y sonríe satisfecha. Se considera fuerte, irresistible, capaz de tiranizar al mundo con una mirada.

Pobre niña, que ignora que allí, á pocos pasos de distancia, está en acecho el *apache*, que se rie de sus coqueterías, que no se deja vencer por mohines encantadores, que desprecia el fuego de unos ojos femeninos, que no cree en más fuerza que en la del cuchillo curvado que aprieta con su diestra, pronto á hundir entre aquellas carnes blancas como la nieve.



Banquete organizado por la Sociedad democrática federal La Internacional, del Clot, en conmemoración del XXXVI aniversario de la proclamación de la República española,

La joven se dispone á desnudarse, queda la alcoba á media luz, una lámpara de pantalla violeta alumbra con sus reflejos el lecho junto al cual procede la bella niña á su *deshabillé*. A sus pies van cayendo las ropas hasta formar un pedestal de encajes sobre el que se levanta la más hermosa estatua de carne que vieron ojos humanos.... Ya cubre sólo aquel cuerpo tentador la última y más recóndita prenda de la indumentaria femenina, una camisa transparente, cuando un nuevo capricho de vanidad asalta la cabecita de la locuela. Con paso menudo corre hacia el espejo, enciende unas luces rosas, deja caer la camisa y, adoptando una postura soberbiamente sensual, se contempla con orgullo.

Pero de pronto palidece, su sonrisa se hiela, un temblor agita su cuerpo desnudo; relejado en el espejo vió al *apache*, que sigue oculto bajo la cama, acechando el instante propicio para caer sobre su víctima.

Disimulando el pánico cubre la niña su cuerpo pudorosa; no se atreve á gritar; quiere huir y las piernas le flaquean. Se rinde y cae sobre el sofá á merced del facineroso.

Este avanza con sigilo, creyéndola dormida ó desmayada. Avanza esgrimiendo el cuchillo corvo. La joven, que, con los ojos entornados, conteniendo la respiración, le mira, cree que va á ser objeto de un brutal atentado; pero el *apache*, después de llegar hasta ella y observarla un momento, retrocede y empieza la tarea de hacer saltar las cerraduras de los muebles, de apoderarse de las alhajas que contiene el joyero, de desballjar el tocador. El *apache* no es hombre á quien los instintos de su masculinidad hagan perder la chabeta hasta el extremo de olvidarse de que ha ido allí para fines más positivos.

La joven experimenta el primer desengaño de su vida, le regocija no verse atropellada; pero ella creía que sus encantos, que su belleza, eran más

tentadores, valían más que sus alhajas. El *apache* no es de la misma opinión.

Acaba el bandido su tarea y antes de marcharse mira á la niña, que sigue tendida en el sofá. Después de un buen negocio no es mala proporción solazarse un rato con una buena moza y el *apache* se dispone á emprender la seducción.

La joven le rechaza, el *apache* la golpea, la joven suplica, el *apache* levanta sobre la roja cabecita el puño amenazador. Una rara seducción, ¿verdad?

Sin embargo, la niña, que no puede llamarse á engaño respecto á la manera de ser de aquel bergante, acaba por rendirse á la sugestión del pánico y él la inicia en los secretos de la danza desenfrenada de los *apaches*, y el público se lleva la impresión de que el *apache* da cuenta de la virginidad de la doncella con el mismo salero que antes se embolsó los collares, los pendientes y las sortijas.

No es muy agradable ni airoso el papel que nos asignan los que han dado en decir que la doncella de *L'Epouvante* puede ser un símbolo representativo de la Solidaridad.

Madrid-Febrero.

TRIBOULET.



¡EL HOMBRE DEL DÍA!

Solemnemente declaro,
y lo juro, si es preciso,
que te envidio, aunque te veas
preso entre rejas y grillos,
pues por tí gimen las prensas,
se habla de tí en todos sitios,

plumas ilustres te ensalzan
y en tu loor se cantan himnos;
hablan de tí los papeles
y aun he de verte joh, *Vivillo!*
de protagonista de una
obra del género chico.

Ni Maura con sus chalecos,
ni con sus reformas Primo,
ni con sus latas San Pedro,
ni el *Bisco* con sus *jipios*,
ni con su levita Weyler,
ni Moret con sus respingos,
ni Cierva con sus frescuras,
ni Allende con sus ronquidos
ni Gallardo con sus éxitos,
ni Ferrán con sus *bacilos*,
ni Ferrándiz con su escuadra,
ni la Storchio con sus trinos,
ni *Azorin* con su paraguas,
ni Unamuno con sus rípios,
ni Echegaray con sus dramas,
ni con sus *fusas* Quinito,
ni el *Bomba* con sus faenas,
ni Montero con sus fríos,
ni Rueda con sus canciones,
ni Andreu con sus específicos,
ni Montjuich con su tragedia,
ni Burdeos con sus vinos,
ni Verdaguer con su *Atlántida*,
ni, en fin, Fraga con sus higos,
han tenido la fortuna
de lograr—¡triste es decirlo!—
¡tan universal renombre
com) ha logrado el *Vivillo!*

¡Ch, mártires del trabajo,

los que en la Prensa en el libro,
en el andamio, en la mina,
en el llano y en el risco,
con entusiasmo creciente
y con valor inaudito
batalláis por la conquista
del menguado panecillo,



La rondalla castellana Alfonso-Victoria, de Valladolid, que ha visitado estos días nuestra ciudad, donde ha sido objeto de muchos y muy merecidos agasajos.

romped la pluma en pedazos,
tirad la azada y el pico,
mandad los libros al cuerno,
porque el trabajo es ridículo!
Si queréis vivir en grande,
si queréis haceros ricos,
si queréis llegar á célebres,

¡cambiad al punto de oficio!
Dedicad vuestros talentos
al robo, que esto es sencillo,
y seréis celebridades...
¡Y si no, ahí está el *Vivillo!*

MANUEL SORIANO.

EL TRIUNFO DE LOS HUMILDES

Con este título ha escrito don Eusebio Heras un drama en cuatro actos que ha de estrenarse muy pronto en Barcelona.

La nueva producción ofrece sumo interés por sus tendencias y por lo atrevido de su desenlace y no vacilamos en afirmar que será muy del agrado del público.

A fin de que nuestros lectores puedan juzgar de la valía de la obra transcribimos á continuación uno de los fragmentos más notables, que dará cabal idea de la valentía del diálogo y de la habilidad del joven autor.

ACTO II. — ESCENA VI.

JUAN Y EL TÍO ROQUE.

Roque. — ¡Sin rodeos! ¿A dónde quieres ir á parar? ¿Qué te has propuesto tú?

Juan. — Ya se lo he dicho á usted: ¡Mandar!

Roque. — Pero ¿con qué derecho?

Juan. — Con todos los derechos.

Roque. — En ninguna parte manda más que el amo, y el amo...

Juan. — El amo soy yo

Roque. — ¡Y no quieres que te llamen loco! ¡Y te extraña que se burle de tí la gente!

Juan. — Si para mandar se ha de ser el amo, ¡soy el amo!

Roque. — ¿Sabes, Juan, que ya dura mucho esta farsa?

Juan. — Tal vez tenga usted razón. Por eso es mi voluntad que acabe hoy.

Roque. — ¿Es que no puede hablarse contigo seriamente?

Juan. — Pero, padre, si nunca hablé con tanta seriedad. Esta mañana le dije á usted que tenía una idea; que, holgazán al parecer, trabajaba. Pues bien, la idea, que tenía se ha realizado ya; mi trabajo ha dado su fruto.

Roque. — ¡Tu trabajo! Si nunca te ví hacer nada! Si desde que estás aquí no piensas más que en pasearte por el pinar y el monte. Si nadie te ví doblar la cintura ni una sola vez.

Juan. — ¿La doblaron muchas esos á quienes usted llama señores? Y, sin embargo, nadie los critica, nadie los llama holgazanes.

Roque. — Pero...

Juan. — Pues bien, si ellos no lo son, yo no lo soy tampoco. Porque yo no hago más que imitar

es; ellos no trabajan y son ricos; yo, sin hacer nada, he deseado serlo también. La única diferencia que hay entre ellos y yo es simplemente que ellos avanzaron poco á poco, tratando con toda lentitud á los que para ellos trabajaban, y yo no quise hacer sufrir á mi víctima y acabé con ella de un solo golpe... ¡Aunque verdad es también que yo quería, que yo necesitaba subir más aprisa que ellos!

Roque.—De un golpe, sí, de un solo golpe acabarás conmigo. Porque comprendo que no podré resistir el que viene.

Juan.—¡Pero mucho más aprisa! ¡Necesitaba devolverles cuanto antes latigazo por latigazo, puñalada por puñalada! ¡Lo necesitaba mi odio, me lo exigía el amor á los míos!

Roque.—¿Sabes, Juan, lo que aquí ocurrió después de marcharte tú?

Juan.—¡Sé que mi padre no volverá á ponerse de rodillas á los pies de ningún hombre; que no se humillará delante de nadie; que en nadie tornará á buscar llorando una piedad de la cual puede prescindir; que no pondrá á su hijo en la necesidad de renegar de él!

Roque.—¡Ah! ¿Conque no lo ignoras? ¿Conque sabes que tu padre se ha arrodillado, llorado y suplicado por culpa tuya? ¡Y todavía no te enmiendas! ¡Y aun no cambias de vida!

Juan.—Usted, padre, es quien ha de cambiar; usted es quien ha de tener en su hijo más fe de la que tiene; usted es quien ha de dar crédito á mis palabras; usted es quien me ha de apoyar, quien ha de secundarme, en vez de ir contra mí y ayudar á los otros.

Roque.—Mejor fuera que dijese: «¡Vuélvase usted tan loco como yo!» Mira, Juan, el señor, don Antonio, el amo, el que nos mantiene, el que á tu padre le da lo que tú te comes, ese, ¡óyelo bien! ese, que es aquí el único dueño, no siéndole posible olvidar los servicios que tu padre le ha prestado y compadecido de tu hermana y de mí, de este pobre viejo que ya no vale para nada, consiente en olvidar lo ocurrido si tú le pides perdón delante de los trabajadores y dejas de ser un vago.

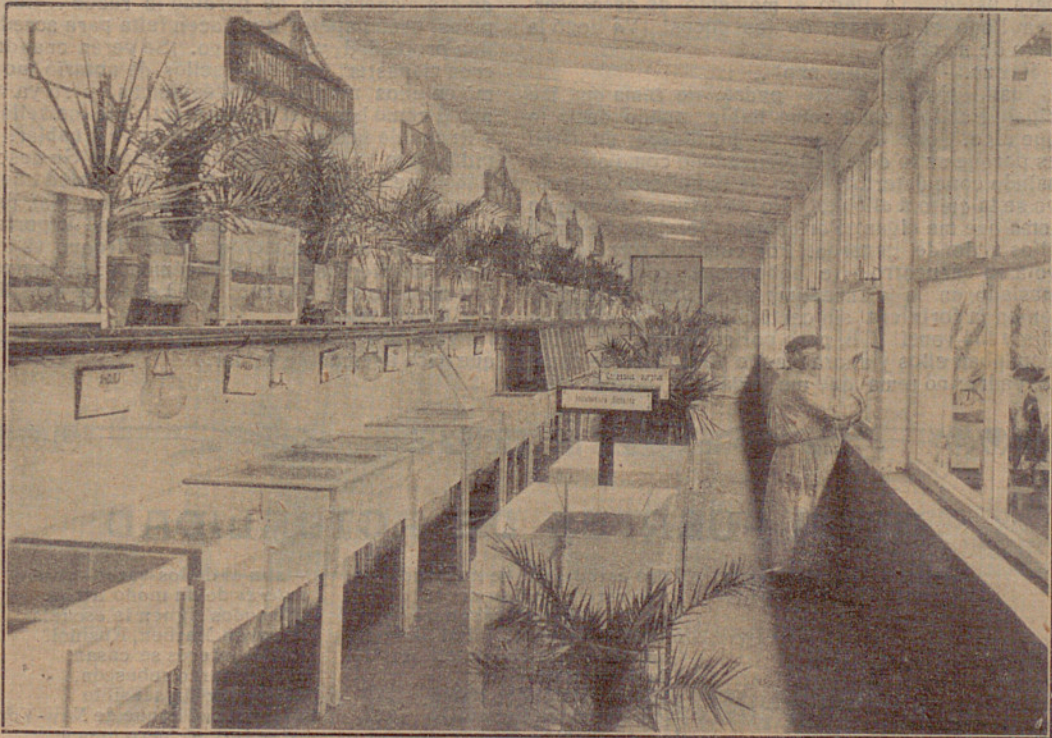
Juan.—Pues dígame usted...

Roque.—Juan, hijo mío, estoy enfermo, muy enfermo, y si no quieres enmendarte, si no rechazas esa locura, ¡yo moriré! ¿Y qué será entonces de ti, que ningún oficio aprendiste? ¿Qué será de tu pobre hermana?

Juan.—¡Dígame usted á ese hombre!...

Roque.—¡Por ella, por esa infeliz que tanto se parece á tu madre, que tan buena es y tanto te quiere, y por este viejecillo que ya apenas alienta y, á pesar de tu crueldad, sólo ve por tus ojos... Juan, hijo de mi alma... ¡mírame!... ¡llorando te lo pido!... ¡llorando... y de rodillas!... ¡no hagas que se me despida, no hagas que para mí se cierre esa puerta!

Juan (con violencia).—¡Que se cierre, sí! ¡Que se cierre, padre! ¡Quiéralo usted como yo lo quiero! ¡Que se cierre para usted esa casa maldita en que descansara de las fatigas que otros debieron pasar! ¡Que se cierre, sí! Pero que otra, la suya, la de los que se ragaron el producto de sus esfuerzos, la casa señorial, el palacio de las comodidades y la abundancia, se abra al propio tiempo



El Laboratorio Ictiogénico, inaugurado el domingo último en el Parque de esta ciudad. Hállase establecido en el paseo que ocupa la colección zoológica, junto á la puerta que conduce al Asilo municipal de pobres. En dicho laboratorio se obtendrán variedades de peces, vulgares unos y desconocidos aquí otros, estudiándose sus condiciones, para destinarlos á la repoblación de los ríos de Cataluña. A la derecha del grabado vese al señor Darder, director del Laboratorio.



Autoridades y representantes de Corporaciones que asistieron al acto inaugural del Laboratorio Ictiogenico.

para usted! ¡Ya llegó el momento de descansar!
¡Ya llegó el instante de los goces! ¡Ya llegó la
hora de mandar!

Roque.—¡Juan, hijo mio! ..

Juan.—¡No se asuste, padre; no tema que me
oigan! Puedo hablar como hablo; puedo decir lo
que digo. Todo esto, que me pertenece, de usted
es porque se lo doy. Holgazaneando como ellos he
sabido conquistarlo; ¡ellos se lo quitaron á otros,
yo se lo quito á ellos!... ¡No se asuste, padre; no
tema que me oigan! Por caminos torcidos llegaron
ellos á donde llegaron. Por caminos torcidos fui
yo á su encuentro. No hubo lucha; confiando de
masiado en la mansedumbre de sus contrarios,
tenían la fortaleza sin centinelas. ¡Y yo entré en
ella y los vencí! ¡Oh, pero por completo! ¡Y antes
mandaban ellos y ahora mando yo!... ¡No se asus-
te, padre; no tema que me oigan! Y ¡no me mire

de esa manera; no he perdido la razón... Los pa-
peles, esos papeles que hacen falta para acreditar
una propiedad, yo los tengo. ¡Se verán cuando lo
crea menester! No llevan sellos de notario, no fir-
mó en ellos ningún estropeaplumas; pero ya verá
usted cómo hacen el mismo efecto que los sellados
y llenos de firmas. (El tío Roque va á hablar. Im-
pidiéndolo.) ¡No, no diga nada, padre! Su descon-
fianza me enfurece y palabras llené usted que me
trastornan. Piense de mí lo que quiera. Tan pron-
to cambiará de parecer que nada me importa su
opinión de este momento. (El tío Roque va á ha-
blar. Impidiéndoselo.) Separémonos; ni una pala-
bra más. Yo voy á lo mio; usted quédese ahí; ¡llóre
por última vez!

(Váse precipitadamente para no oír á su padre,
que hace ademán de hablar.)

AGUA-FUERTES DE ACTUALIDAD

Son cartas intelectuales
ó el compendio de los males.

I

Velay una carta, carta
que en una calle encontré
cierto amigo y mayordomo
de este cura *comme il faut*. (1)
(¡Este cura no es un místico;
el tal cura, pues... soy yo!)

Barcelona.—Mes corriente.
Don Santiago Rusiñol:

(1) Se lee: *Como il fò*.

Pero usted, ¿qué se ha creído?
Pero usted, ¿qué se creyó?
Las verdades del barquero
nunca se cantan... ¡ni al Sol!
Con esa obrita que ha puesto
á la pública sanción
y *La intelectual* se llama
—porque usted la bautizó
de esta suerte—me parece
que me parte el corazón.

*Non es de sesudos homes,
ni de infanzones de pro...*
enredarse con los genios
de última hornada, señor.
De tal obra se deduce
que más que arte, el corazón

—aun el de los vates—quiere
interés de un modo atroz.
¡No todos siguen la escuela
del gran Matheu, Rusiñol!
Por el interés se casan
el mastuerzo rebuscón,
el madapolán sensible
y hasta... el duque de New-York
(si se tercia); pero nunca
los Petronios como yo.
Por lo que he dicho reclamo
una rectificación
que á través de mi monóculo
deje ver qué el buen humor
no zahiere... aunque rasguñe,
ni tiene mala intención

y es más puro que una virgen de aquellas de edad mayor, que nacen con los murciélagos muriendo al salir el sol. Yo, que casi resucito el estático fervor de místicos, reproduzco... —tenme la pluma, oh gran Dios, no vaya á resultar chiste lo de la reproducción—(1) yo que en vez de almas de cántaro hallé de botijo en flor, no acepto que se me acuse de interesado follón. Por interés no me caso. ¡No me caso, no señor!

Oye, Tiago, por si hablastes de *capital*... ¡Aquí estoy!

Esta carta que fué hallada te pregunto, oh buen lector, ¿adivinas si es de Viura, de Carner, ó de otro *snob* de esos que escribiendo versos parecen lo que no son?

II

Otras cartas—que gozosas aunque hermosas—blancas manos escribieron:

(1) Literaria ¿eh?

otras manos—presurosas aun con tizne—de *no habanos* recogieron.

«Caballero—si nos muerde, veinte muelas—se las pierde, Rusiñol; y lo afirma—y ratifica y por más—lo especifica—*C ara-sol.*»

«*Clara-luna*—no protesta. De manera—manifiesta le insultó.»

Y otra Clara—no tan clara, en su carta—*Ex avis rara*—transcribió.

«Si una broma—es muy pesada ya no es broma—*Karregada*» (Texto fiel)

«Yo soy lira—soñadora; yo protesto—ave canora.—*Su Raquel.*»

«De montañas—y regiones son mis ritmos—las canciones. *Mari flej.*» (1)

«Yo de vario—excelso modo nada aprendo—y sé de todo.»
¡*Dos mil hay!*»

«Y entre todas aprobamos y entre todas acordamos triturar, á ese hombre, tan sin nombre

(1) Se lee: *Mariflay.*

que nos quiso, por ser hombre reventar.»

¿Quién ha escrito—cosas tales? ¿Quién sentencias—pudo iguales señalar?

¿Las Walkyrias?... ¡Ya pasaron! ¡Ellas sólo se cuidaron de montar!

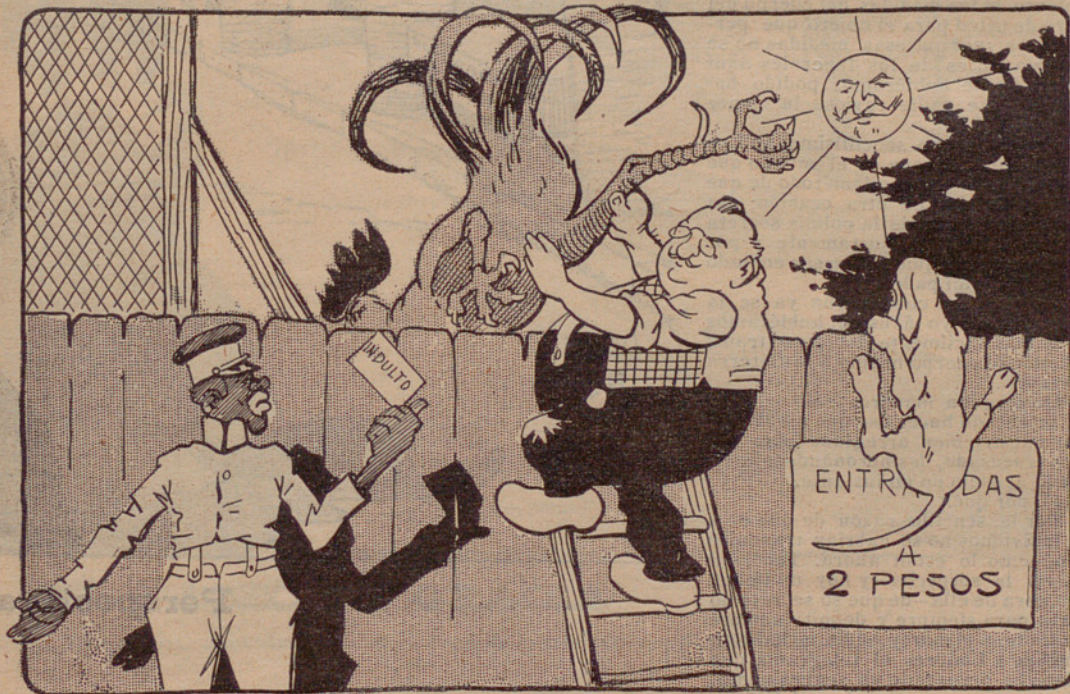
III

«¡Oh las damas trovadoras! ¡Oh trovadores de damas! En el decir las verdades nunca mintió quien las canta.

Pero por si acaso viere mi físico en malandanza, á bordo del *Miramar*. . . me siento pez en el agua. *Esto el moro Tarfe escribe con tanta có era y rabia que en donde pone la pluma el delgado papel rasga,* aunque luego vocingleren por ahí voces nefastas que escribió aprisa y corriendo por las uñas que amenazan.»

En este instante recibo el siguiente telegrama: —«*Rusiñol sin novedad ha legado sano á Palma.*»

JUAN PINCEL.



—Señor, ha llegado esto de España para usted.
—Bueno. Que se aguarden, pues estoy realizando aquí un vasto plan.

EL MISTERIO DE LA CLAVE ANTROPOMÉTRICA

(Conclusión)

La señorita Elisabeth continuó:
—Ya en posesión de un dato de tal importancia para su seguridad, la banda anarquista tomó una resolución, la única que, á juicio de sus jefes, podía devolverles la tranquilidad, asegurándoles el secre-

to más absoluto de su correspondencia: matar á mi padre, si era posible, y darle por sepultura el fondo del mar durante el viaje. Wilson y Sebright fueron los encargados de llevar á cabo el tenebroso plan y por eso estaban aquí, sabedores de que nosotros ha-

bíamos tomado pasaje por telégrafo desde Sidnéy. Claro que, deliberadamente, no hicimos de ello un secreto.

—¿Esos dos hombres á quienes trataban usted y su padre como amigos?— volvió á insistir el doctor.

—Así es; ambos se embarcaron en *La Estrella de la Mañana* con el propósito formado de antemano de asesinar á mi padre; pronto cambió el rumbo de sus criminales ideas al convenirse por sus propios ojos de lo inútil que resultaba quitar violentamente la vida á un hombre á quien tan pocos días quedaban. En una palabra, ya conocen ustedes cómo mi padre murió, cómo su cadáver fué lanzado al fondo del mar y cómo los dos anarquistas fueron testigos, con satisfacción, de que el cuerpo, único quizás en el mundo que guardaba el secreto de su misteriosa clave, desapareció bajo las aguas del Lago Salado. En consecuencia, ellos se creen ahora en completa seguridad porque no se imaginan siquiera la sorpresa que la habilidad de mi padre y mi constancia les tienen preparada.

—Señorita Elisabeth-dije yo en aquel momento—, ¿me permite usted que la dirija una pregunta..... digo, si no soy indiscreto?

—Puede usted hacer la pregunta que quiera, señor Conway. ¿Qué es ello?

—Si de tal importancia era el conocimiento de las medidas del cuerpo del padre de usted para el objeto que perseguimos, ¿por qué esas medidas no se tomaron antes de los funerales aquí mismo, donde hubiéramos podido hacerlo sin que nadie tuviese la menor sospecha?

—Por una razón sencillísima: no hay más que una persona en el mundo que pueda hacerlo según el método de que hablé á ustedes en otra ocasión; esa persona es el jefe de la policía secreta de París y es á él, justamente y por consecuencia, á quien debe ser enviado el cuerpo de mi padre.

—Pero, en ese caso, según ya se lo hice observar yo á usted, hubiéramos salido más fácilmente del paso transportando el cuerpo mismo á Inglaterra en vez de...

—De ninguna manera. Sólo con haber intentado hacer eso que usted dice todo nuestro bien arreglado plan hubiera fracasado, desmoronándose y viniendo al suelo en un instante.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que esos dos individuos no se habrían tranquilizado, como lo están ahora. Tendrían todavía la sospecha—y hoy no tienen ni sombra de ella—de que su secreto no estaba para siempre y definitivamente sepultado en el mar; y, en fin, no habrían expedido á Londres el telegrama que Wilson ha preparado ya seguramente.

¡Oh, en esto no me equivoco! Wilson tiene el propósito de expedir ese despacho telegráfico á Londres apenas *La Estrella de la Mañana* haya echado anclas en los muelles de Plymouth. Si mi mala suerte dispone las cosas de manera que ese telegrama de Wilson llegue al jefe de la banda, en Londres, todos mis planes se convertirán en humo. Se habrá perdido todo.

—Entonces... —dijimos Cairns y yo.

—No, no hay nada que temer por ese lado—contestó la joven—. Mi padre sabía perfectamente, y yo lo mismo, que este medallón (y Betty nos mostraba el de Wilson) contiene, escrito y detallado en una cifra sumamente sencilla y ordinaria, el orden en que todas y cada una de las medidas del cuerpo de



Perspectivas deidad. = EL PASEO DE GRACIA

(Gran premio del segundo-Concurso Internacional de Carteles, concedido por la Sociedad de Atracción de Forasteros)

mi padre tienen que ser tomadas para, por medio de ellas, tener bien segura la codiciada y misteriosa clave de la banda anarquista.

—Pero, siendo esto así, ¿cómo ese canalla de Wilson ha podido deshacerse de un objeto de tan gran importancia para los fines y para el porvenir de la Asociación?

—Porque cuando yo le dí mi palabra de casarme con él, anoche mismo, él me lo ofreció. Yo se lo había exigido así. El canalla, como ha dicho usted muy bien, se creía ya perfectamente seguro, pensando en que el cadáver de mi padre había desaparecido y descansaba para siempre en el fondo del Lago Salado.

—Tiene usted razón—la dije.

—Escuchen ustedes, escuchen y sabrán de antemano lo que va á ocurrir.

Miss Betty, después de unos instantes de profunda concentración, prosiguió:

—No bien arribemos al puerto de Plymouth y el práctico se encuentre á bordo de este vapor, dos *detectives* que habrán venido acompañándole y que traerán consigo dos mandatos de prisión—los de Wilson y Sebright—me harán una señal que ya está convenida. Yo les contestaré con otra. Wilson, que nada de esto sospecha, llevará en uno de sus bolsillos el telegrama que preparó con destino á Londres. Los *detectives* le encontrarán inmediata-

mente, se quedarán con él... y nada más. Y ahora, señores, ya lo saben ustedes todo: ya se explicarán por qué he luchado con tanto ahinco; el fin era digno de tan gran esfuerzo.

La señorita Betty, al terminar estas palabras, se puso primero colorada como una cereza y luego intensamente pálida.

Con voz fatigada, pero siempre en tono resuelto, añadió:

—Espero que, después de haberme oído, no me juzgarán ustedes demasiado severamente; todos los medios eran excusables para obtener el resultado apetecido. ¿Qué importa la reputación de una mujer, por lo demás desconocida, cuando se piensa en la

horrorosa catástrofe que habría sido la consecuencia de un posible fracaso de nuestro plan? Mi padre y yo lo habíamos concebido y preparado lentamente y con todo sigilo y precauciones. Ahora mi padre ha muerto; pero el Destino les ha puesto á ustedes á mi lado para que, reunidos, llevemos la empresa hasta el fin.

Por la primera vez, desde la muerte de su padre, vi que las lágrimas rodaban por las pálidas mejillas de la señorita Rutherford.

—Señorita—le dije—es usted una mujer verdaderamente admirable. Creo que serían muy contadas las que ubieran, con un valor semejante, acometido tal empresa.

El doctor Cairns preguntó:

—Pero ¿está usted bien segura de que el medallón que le entregó Wilson contiene efectivamente la prueba de que nos ha hablado usted y que, según afirma, le es indispensable?

—Segurísima—afirmó Elisabeth—; no falta nada. Lo que es necesario ahora, señores, es que se encuentren ustedes cerca de mí cuando el práctico de Plymouth suba á bordo. Os lo suplico.

En aquel momento nos encontrábamos á la entrada de la bahía y el vaporcito que conducía el práctico no tardó en colocarse á un costado de *La Estrella de la Mañana*. Pude observar que Wilson le espiaba, sin perderle un solo momento de vista. Yo hacía otro tanto con Wilson y noté que tenía en la mano un pequeño rollito de papel. ¿Sería el telegrama de que nos hablara Betty?

Apenas fué echada la escala, Vernon, uno de los detectives del puerto, subió apresuradamente á bordo y vino corriendo hasta donde nosotros nos encontrábamos reunidos.

—¿Viene aquí un señor Rutherford?—preguntó sin otro saludo.

Antes de que yo tuviese tiempo para responder, la señorita Betty se acercó. Se había colocado de modo que todo el largo de la escala quedase entre ella y

Wilson, que la devoraba con los ojos. Betty le dirigió una furtiva mirada que yo sorprendí y se volvió hacia el *detective*:

—Señor Vernon—dijo—, mi padre ha muerto, pero usted seguramente ya ha recibido instrucciones. Aquí tiene usted á los señores en cuestión. Cumpla ahora con su deber.

Al expresarse así la señorita Betty designó á Sebright y á Wilson.

A los labios del *detective* asomó una sonrisa que expresaba el vivo placer con que cumplía la misión que tenía encomendada.

Hizo una seña á su colega, que avanzó rápidamente.

En un instante y antes que pudieran darse cuenta de ello, los dos hombres se encontraron con las espaldas en las muñecas y el rolito que Wilson tenía entre los dedos pasó á las manos y de allí á uno de los bolsillos de Vernon.

—¿Quieren ustedes decirme qué significa esto?—gritó Wilson no bien se repuso y recobró el uso de la palabra—. ¿Se ha vuelto usted loca, señorita Rutherford? ¿Con qué derecho se comete con nosotros semejante indignidad? Desátame usted, caballero, inmediatamente; de seguro que nos ha tomado usted por otros; ¿desátame usted!...

—No lo creo; sus nombres están bien claramente escritos en los correspondientes mandatos de arresto que tengo en el bolsillo.

—Pero ¿de qué se nos acusa?—interrogó Sebright, mudo hasta entonces.

—De muy poca cosa—respondió socarronamente el *detective*—: de conspiración contra el Gobierno. Ahora van ustedes á acompañarme.

—Usted no tiene ninguna prueba en contra nuestra—protestó Wilson, mirando atrevidamente á Vernon cara á cara.

El *detective*, sin inmutarse lo más mínimo, sólo dio esta inesperada respuesta:

—Puede usted hablar con la señorita Rutherford.

La conferencia del Círculo liberal



Mir y Miró (no el tenorio, sino Enrique, que es su hermano),

adormeciendo inhumano á este selecto auditorio.

Esta retrocedió de pronto; después se adelantó valientemente hacia el grupo.

—Yo acometí esta empresa y he salido con mi empeño—dijo—. Al entregarme el medallón, señor Wilson, forjó usted el último anillo de la cadena de pruebas que le acusan abrumadoramente. Es usted un hombre muy hábil, seguramente, pero la astucia de una mujer, unida a la inteligencia y previsión de un moribundo, han decidido la victoria. Usted, cuando yo le consentía hacerme la corte, no se figuraba siquiera que mi juego estaba tan bien calculado, ni ni que era tan temerario, tan desesperado como el suyo. Yo he ganado y usted ha perdido. Esto es todo. Ese fatal despacho, cuya existencia me fué fácil adivinar, no llegará jamás a su destino; es asunto que compete directamente a Mr. Vernon.

—No comprendo lo que quiere usted decir, señorita Rutherford, ni a dónde quiere ir a parar—dijo Wilson—. Preciso es que haya usted perdido el juicio.

Miss Rutherford por toda respuesta se contentó con sonreír.

—En cuanto a usted—prosiguió Wilson volviendo a encararse con el detective—puede tener por seguro que el telegrama que me ha arrancado de la mano carece absolutamente de toda importancia; es un asunto particular.

Mr. Vernon se encogió de hombros, como si todo aquello le tuviera sin el menor cuidado.

Miss Rutherford replicó:

—Dice usted todo eso porque se figura que la clave de la misteriosa cifra está perdida para siempre; pues bien, está usted completamente equivocado; la clave está en camino de Londres, nos sigue. A usted le consta que el cuerpo de mi padre contiene la clave famosa. Sus medidas antropométricas son las mismas que las del jefe de la tenebrosa banda de anarquistas a que ustedes dos están afiliados, y esto también lo saben ustedes muy bien. Crean que mi padre descansa ahora en el fondo del Lago Salado.

—Nosotros le vimos desaparecer bajo las aguas; sobre eso no nos queda la menor duda—dijo Sebright.

—Es cierto; pero ustedes no han visto, no han podido ver lo que sucedió más tarde. El mar devolvió el muerto; el cuerpo de mi padre estará en Inglaterra dentro de tres días.

Sebright se puso densamente pálido.

—Pero todo eso es pura superchería—exclamó Wilson—, no hagan ustedes caso de las palabras de esa miserable...

Miss Betty prosiguió como si no hubiera oído el insulto:

—Y el orden de las medidas está contenido en el medallón. Lo sé todo. Han perdido ustedes la partida y la hemos ganado nosotros.

Comprendiendo de pronto lo terriblemente comprometido de su situación, Sebright, lanzó un grito salvaje y dió un vigoroso salto hacia adelante con el propósito de arrojarse desde la borda al mar.

Miss Rutherford se lo impidió.

—Es completamente inútil lo que intenta usted. Lo mejor es no oponer resistencia alguna y que acompañen tranquilamente a Mr. Vernon. Mi padre no habrá muerto en balde.

Wilson trató de hablar, pero se interpuso el detective imponiéndole silencio con un ademán.



Preparando la Fiesta del Arbol

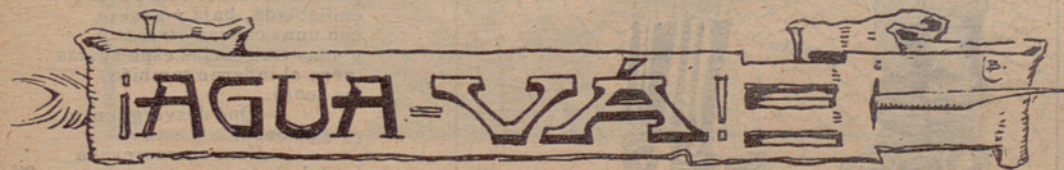
—La señorita Rutherford está en lo cierto—dijo—. No hagan ustedes resistencia ni nos obliguen a emplear procedimientos más persuasivos, pero también más desagradables para ustedes... y para nosotros. En marcha, señores Wilson y Sebright.

Quando desembarcamos en Londres, en la tarde de aquel mismo día, encontramos la ciudad en plena efervescencia.

No se hablaba de otra cosa en las calles, en los bars, en las casas de comercio y en los demás sitios públicos que del descubrimiento de un vasto y tremendo complot anarquista y de la captura de todos los afiliados.

Y, sin embargo, eran muy pocos los londinenses que tenían conocimiento de las extrañas peripecias que dieron por resultado el descubrimiento de la trama y la prisión de los delincuentes que la urdieron con el propósito de subvertir el orden social.

L. T. MEADE Y R. EUSTACE.



De regreso de su expedición a Norte-América, el célebre escritor italiano Ferrero habla de los vínculos de confraternidad que unen a los literatos de aquella República con los prepotentes millonarios conocidos por su espíritu generoso y su largueza (los Carnegie, los Vanderbilt, etc.) Lo mismo que aquí.

Estos ricos son dignos de elogio por su esplendidez y su cultura.

Protegen las artes bellas y las útiles ciencias.

Por hoy, sin embargo, se limitan a favorecer el Laboratorio Microbiológico con su personal laborioso é intachable.

Y a vendrá el día en que acordarán subvencionar a los habitantes de la Luna.

Durante el Carnaval la policía detuvo á muchos sujetos que vestían de mujer y escandalizaban en la vía pública.

¿Y no hacían más que esto?

Casi todos los españoles tienen aficiones femeninas—después de su viril pasado—y nadie les culpa por ello.

Si no se disfrazan de hembra es que no hay traje para todos.

Les commentaires vont leur train.

¶ Pero todavía nadie sabe quién es *La dama incógnita*.

Se ha supuesto que puede ser la señora A. ó la señora X., etc.

Hay quien cree que bajo el pintoresco vestido se oculta Valentí Camp.

¿Es una princesa de la sangre ó la esposa de un chofer?

No se ha desvanecido todavía el misterio.

Y si algún día aparece triunfante la verdad tendremos seguramente una sorpresa.

Quizá el ingenioso empresario sea el propio autor y el intérprete de esta graciosa burla.

El doctor Claramunt es un bendito.

Después del expediente

—que ha resultado un mito—

pugna valientemente

por estudiar de nuestro Ayuntamiento

las sutiles bacterias



—¿Te parece á tí que pega bien un día de fiesta con la cara sucia...? En tu pueblo ¿qué pega mejor un día de fiesta?

—En mi pueblo lo que mejor pega es la cola, mi sargento.

á que se debe el trágico incremento de las presentes múltiples miserias.

Y, en su plausible empeño, el honesto y sagaz especialista llegará á los dominios del ensueño de un micrólogo artista, mas sin perder de vista, en medio de los reinos protozoarios, la divina hermosura de prometidos libros talonarios en que goza y revive su alma pura.

Hay que hacer justicia á Pla y Deniel. Nosotros le creíamos incapaz de grandes atrevimientos y de dictámenes heroicos.

Pero, después del expediente, confesamos nuestro error y ponemos al virtuoso edil por encima de otros compañeros que votaron contra su conciencia.

Estos últimos sí son capaces de todo.

El expediente—como todos los expedientes—no ha servido para nada.

Quedamos en que nuestro Laboratorio Microbiológico funciona admirablemente, pudiendo servir de modelo á las instituciones de los países más cultos.

Por lo que se refiere al director, es un arquetipo de bondad y delicadeza, digno de estar al frente del Instituto Pasteur.

El Ayuntamiento así lo quiere.

Y para sentar tales afirmaciones se hallaron de acuerdo todos los concejales, así los solidarios como los otros.

Ellos podrán no querer unirse para nada bueno, sin embargo, aparecen compactos y unánimes cuando se trata de perjudicar los intereses de la administración municipal.

—¡Malos vientos corren!

—¡Malos!

La fe es una letra muerta y nadie se ocupa ya de concurrir á la iglesia.

¡Si viera usted mi parroquia!

¡Siempre se encuentra desierta!

—Es verdad, *mossen* Francisco;

los templos sólo frecuentan

unas cuantas niñas cursis...

—¡Y horrorosamente feas!

Esa es la verdad desnuda,

aunque á nosotros nos duela.

—Si celebráramos misas

y pláticas y novenas

con intermedios bailables

la cosa estaba resuelta;

de otra manera á los curas

nos va á comer la miseria.

—¡Los bailes! ¡la perdición de

la Humanidad entera!

La otra noche fui al Liceo.

—¿Usted?...

—Para ver de cerca

el vicio y la corrupción

que en esos bailes impera.

¡Ah querido! Qué mujeres

tan hermosas... tan soberbias..

para el infierno! Una rubia

endiablada, baja y gruesa,

con unas curvas *atroces*

y unas turgencias espléndidas...

(para el infierno también)

me tentó.

—¡Qué desvergüenza!

¿Y en dónde?

—En... un reservado.

La fulminé un anatema

y la envié enhoramala.

—¡Ah, *mossen*, cuánta material!

Dígame usted, ¿era una

picadita de viruelas?

—Sí; pero ¿fue usted al baile?

—También quise ver de cerca

el vicio y la corrupción.

que en esos lugares reina.
 —¿Y le tentó á usted la rubia?
 —No; me tentó una morena
 de gallega disfrazada;
 una mujer alta y gruesa
 con unas curvas terribles
 y unas carnes archiespléndidas.
 —¿Y qué?

—Me dejó plantado,
 después de darme jaqueca,
 sin duda con el objeto
 de que no la conociera.

—Sería alguna casada...
 tal vez una feligresa...

—¡Ah, no, señor! A mí nadie
 me quita de la cabeza
 que mi *conquista* era Ossorio
 ¡disfrazado de gallega!

En los «caramelos aromáticos» que un confitero
 atrevido lanzó á la publicidad aparece la efigie de
 Rubens al lado de la de Puig y Cadafalch.

El arquitecto contemporáneo está de enhorabuena,
 Pero ¿y el otro?

¡Ah! la fotografía es una cosa terrible.

Según manifiesta un periodista argentino llegado
 á la Península, Lerroxx es popularísimo en Buenos
 Aires, siendo tanta la simpatía de que allí goza que
 en los cafés y en las fondas no le cobran las consu-
 maciones.

De ser eso cierto habría colmado sus ideales don
 Alejandro. Pero á mí se me ocurre preguntar:

¿No será eso un *canard* de Lerroxx echado á vo ar
 con el fin de que sus correligionarios fondistas y ca-
 feteros de Barcelona sigan en lo porvenir la *ooble*
 conducta que se atribuye á los argentinos?

Seguramente Lerroxx trata de asegurar en Barce-
 lona el problema del cocido.

QUEBRADEROS DE CABEZA

Concurso núm. 65. —“El revolucionario ruso”

PREMIO DE 50 PESETAS



El que ahí veis es un revolucionario moscovita
 que huyendo de la persecución de que era objeto
 salió de su país y atravesó toda Europa, establecién-
 dose por fin en una población de Irlanda. Las locali-
 dades más importantes donde el fugitivo se detuvo
 durante su peregrinación por Europa están señala-
 das en el dibujo por medio de puntos negros.

¿Cuáles son esas localidades? He aquí lo que debe
 de expresarse para ganar el premio de 50 pesetas.

Junto á cada punto ¡indíquese la ciudad ó villa á
 que ¡corresponda; al que las acierte todas se le adju-
 dicará el premio. Caso de que sean dos ó más los
 solucionantes se distribuirá entre ellos por partes
 iguales el premio de 50 pesetas. La solución la pu-
 blicaremos en el número correspondiente al día 20 de
 Marzo. El plazo para el envío de soluciones termi-
 nará el 14 del referido mes.

CHARADAS

De Jac Alaró

Dos dos tres cuarta estudiar
la total, indiqué á Marta,
quien dijo sin vacilar:
—Vaya á la prima tres cuarta.

No hay dos prima que en el todo
no meta un dos prima dos
si de entrar á todo ha mo lo

LETRA NUMÉRICA

De S. D'Inttafta

Dedicada á la señorita Concepción Ferrer

1 2 3 4 5 6 7 8 9	=	Nombre de varón.
1 2 5 4 5 7 8 2 5	=	Verbal.
2 5	=	Nota.
6 8	=	Negación.
5 6	=	Preposición.
4 3 2 9	=	Moneda.
1 8 6 9	=	Arbol.
8 4	=	Verbal.
1 5	=	Letra.
4 8	=	Verbal.
9 2 4 5 6	=	Mandato.
2 5 8 6 9	=	Territorio sujeto á un rey.

JEROGLÍFICO

De N. Perbellini

2 ————— 2

LOGOGRIFO NUMÉRICO

De Francisco Carré

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	=	Oficio.
7 6 3 4 5 6 7 8 9	=	Participio.
7 8 1 6 7 5 8 7	=	Nombre de mujer.
8 9 0 7 8 9 0	=	Oficio.
3 4 5 1 0 9	=	Verbal.
2 5 6 6 7	=	Mueble.
6 4 5 2	=	Nombre de varón.
0 5 9	=	Verbal.
1 2	=	Tiempo de verbo.
3	=	Consonante.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 13 de Febrero)

AL PROBLEMA ARITMÉTICO

El joven hizo 372 viajes.

A LAS CHARADAS

Enfermero
Agapito

A LA COPA NUMÉRICA

Cristóbal

AL LOGOGRIFO NUMÉRICO

Francisco

A LOS JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

Teodosio
Remiti
Asolado
Manzanares

AL TERCIO SILÁBICO

MO RE RA
RE OLA MO
RA MO NA

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS



Han remitido soluciones.—Al rompecabezas con premio de libros: Magdalena Iler, Mercedes Casals, Asunción Poch, Josefa Benedit, Antonio Rodrigo, Juan Benedit, R. Gallissá, José Vilarrubias, P. Aguiló, Juan Muela (Gerona), J. M. Kuroki, Enrique Vilaplana Cau, Mariano Poch, J. Gallissá, Segismundo Fernández, Pelegrin Agut, Juan Camarós, B. Andavert, Francisco Rico (Gerona), Pablo Fabá (Olot), José Cartró, Manuel M.^a Claret, Francisco Vila, «Luisito», Eduardo Feu, Luis Nicolau, Federico Cardona, Antonio Torrente Macarulla, Enrique Valls, «Ferrán», Mariano Quintanilla, Rafael «oca, Agustín Castellá (Tarrasa), Andrés Mateu, José Cervera, Nick Cartró 1.^o, Domingo Ribó, N. Oliveras, M. Morera, A. Morera, J. Morera, C. Morera, Antonio Gilabert, R. Capdevila, M. Capdevila, S. M. D'Inttafta, A. Alguero, F. Massons, Alfredo Tomás, Mercedes Figueras, Amparo Bransuela, Amadeo Rufé (Sabadell), C. F. S., Angel Monmanen, Justo Aparicio y F. Mingall.

A la charada primera: Segismundo Fernández, «Una catalana», Mariano Siuret y Ramón Torrens.

A la segunda charada: Segismundo Fernández, «Una catalana», José Rectoré, P. Aguiló, Antonio Rodrigo, Mariano Siuret y Ramón Torrens.

A la copa numérica: Teresita Barbé, J. Gallissá, P. Aguiló, Antonio Rodrigo, Mariano Siuret, Segismundo Fernández, José Carbonell (Granollers), Juan Rocabayera (Granollers), «Un aprendiz sastré de J. C.» (Granollers), «Una catalana», Narciso Munné, Ricard Isnard, José Rectoré, Nick Cartró 1.^o, Nick Cartró 2.^o, Enrique Soler, S. D'Inttafta y Juan Poch.

Al primer jeroglífico comprimido: «Una catalana», Juan Poch y Ramón Torrens.

Al segundo jeroglífico: Mariano Siuret, Sixto Camarasa y Pedro Sidrol.

Al tercer jeroglífico: Segismundo Fernández, Pedro Sidrol y Sixto Camarasa.

Al cuarto jeroglífico: Segismundo Fernández, P. Aguiló, Mariano Siuret y Pedro Sidrol.

Al logogrifo numérico: Francisco Vilanova (Figueras), P. Aguiló, Antonio Rodrigo, Mariano Siuret, Segismundo Fernández, José Carbonell, Juan Rocabayera, «Un aprendiz sastré de J. C.», «Una catalana», Narciso Munné, Antonio Torrente Macarulla, José Rectoré, Nick Cartró 1.^o, Nick Cartró 2.^o, S. D'Inttafta, Amparo Bransuela y Sixto Camarasa.

— < **ANUNCIOS** > —

A VISO CASA ESPECIAL PARA CAMAS y otros muebles á **PRECIO DE FABRICA**
No comprar sin antes visitar dicha casa. — **PLAZA DEL PADRÓ, número 4.** —

Pidasé para curar las
ENFERMEDADES NERVIOSAS
BROMURANTINA AMARGÓS

(nombre registrado del)

ELIXIR POLIBROMURADO AMARGÓS
QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELU-CHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. **AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.**

DOLOR

reumático, inflamatorio y nervioso, se logra su curación completa, tomando el tan renombrado **DUVAL**, que con tan feliz éxito vende la conocida farmacia Martínez; Centro calle de Robador (esquina San Rafael, 2).



NEGOCIOS RÁPIDOS

Se compran muebles
DE TODAS CLASES

Pianos, objetos de arte, colchones y pisos enteros por importantes que sean.

Se pagan bien y al contado

Canuda, 13 y Petritxol, 12

A PLAZOS

SIN AUMENTO. — Trajes novedad **NOUÉ, sastre. Doctor Dou, 6, prl.**

JARABE VERDÚ Demulcente, cura Herpetismo; Escrofulismo; Llagas piernas, garganta; Eczemas; Granos; Caspa. — **Escudillers, 22, Barcelona.**

ENRIQUE ARGIMON

AGENTE DE ADUANAS
Pasaje de la Paz, 10, pral.
BARCELONA

HISTOGENICO "PUIG JOFRE"

Tratamiento racional y curación radical de las enfermedades consuntivas: **TUBERCULOSIS, anemia, neurastenia, escrófula, linfatismo, diabetes, fosfaturia, etc**
De indiscutible eficacia en las «fiebres agudas» y en las llamadas

FIEBRES de BARCELONA

Venta en todas las farmacias, droguerías y centro de especialidades.

Representante para Cataluña:
W. FIGUERAS.
Cortes, 439. — Barcelona.

EL DILUVIO

10
céntimos



—¿Te gusta esta mujer?
 —¡Cómo puede gustarme si aún no la he probado!